

cido ó tostado, ó hecho polenta que en el día se llama *atóle*. Preguntados despues si tenían oro, perlas ó especeria, hacian señas de que habia grande abundancia ácia el Leste, en cierto parage de que no estaban bien enterados, y en una tierra llamada *Bochio*, que es ahora la isla española que ellos llamaban *Babeche*: supose despues que ese paraje que señalaban se llamaba *Cubanacán*, tenia efectivamente oro, pero en pequeña cantidad. En cuanto à *Bochio* no era nombre de pais, sino que en su lengua queria decir una tierra, donde habia gran porcion de pueblos y casas.

Tanto aseguraban al Almirante que habia de encontrar oro en *Bochio*, que se empeñó en ir en demanda de aquella tierra. Varios isleños de Cuba se ofrecieron á guiarle, y aceptó de buena gana sus ofertas. Su objeto era el que enseñasen el idioma castellano á algunos de sus indios para informarse mejor de las particularidades de aquellas tierras, pues por falta de inteligencia en la lengua de esas gentes, se suelen perder unas noticias importantísimas, ó caer en errores que podian traer perniciosas consecuencias; y así tomó algunos de ellos para que diesen cuenta de las cosas de la tierra, y mandó que los tratasen muy bien, y los acariciasen. Por causa de los vientos nortes hubo de volver á un puerto de Cuba que llamó *del príncipe*, de donde muy cerca se veian muchas islas, pedregadas unas á otras, y altísimas, y esta parte llamó el *Mar de Nuestra Señora*. Salíó de este puerto, y despues de haberlas reconocido, surgió en otro puerto grande y seguro que llamó *Santa Catalina*, por haber llegado en las vísperas de su día: aquí hizo agua y leña; halló un rio en que podría entrar cómodamente una galera, y su hermosura le movió á andarlo con su barca, y subió mas arriba. La amenidad del agua en la cual se veian hasta las arenas del fondo, y multitud de palmas de varias formas, las mas altas y hermosas que habia hallado, y otros infinitos árboles grandes y verdes, á donde los pajarillos son tan varios y lindos, y el verde de los campos, hacen á este pais tan hermoso, y que sobrepuja á los demás en amenidad y belleza: todo esto se llevaba la atencion; pero otro acaecimiento le inquietaba, y es que la Pinta mandada por Martín Pinzon se habia desaparecido desde el día *veinte y uno*. Avisado este capitán por algunos indios que llevaba en su carabela de que en las islas de *Bochio* habia mucho oro, codicioso de enriquecerse se apartó del Almirante, sin fuerza de viento, ni otra causa legítima, con el fin de llegar primero y aprovecharse grandemente de la noticia. Recibióla el Almirante en el puerto de Santa Catalina que le consoló un poco, y encontró allí habitantes de la isla de *Bochio*, que ellos llamaban *Hayti*. Le confirmaron las noticias de que en su isla habia mucho oro, y sobre todo le aseguraron que habia y encontraría gran porcion en una tierra llamada *Sibáo*. Este nombre despertó mas las primeras ideas, que tenia concebidas del *Cipango* de Marcos Pablo de Venecia. Se apresuró inmediatamente á navegar en su busca: metió á bordo de su navio, que era bien velero, estos mismos isleños, que le habian

dado tan agradables avisos, y le habian prometido conducirlo á las minas ácia el Levante por la costa de Cuba, llegó al Cabo Oriental de ella, y de allí partió para la española, que son diez y ocho leguas de travesía al Leste, las que anduvo en veinte y cuatro horas, y el día siguiente, día de San Nicolás, entró en un puerto bueno y grande, de mucho fondo, rodeado de espesas arboledas, que llamó *San Nicolás*, nombre que hoy tiene todavía. Bien hubiera querido el Almirante quedarse algun tiempo en el puerto referido, para el descanso de su tripulacion, hacer aguada y aprovecharse de esa detencion para descubrir la calidad del país; pero le inquietaba mucho la desercion de Martín Alonso Pinzón que consideraba haberle llevado la delantera, y podia haber llegado á las minas de *Cibáo*: á mas de eso sus guías le decian que para dar con ellas, era preciso caminar mas adelante ácia el Leste. Pasó pues adelante la vuelta del Norte, y á poco andar, vió una isla pequeña, que parecia tener la figura de una tortuga, y de facto le dió ese nombre, y por el mal tiempo que sobrevino, se vió necesitado de buscar un abrigo, y lo halló en un pequeño puerto al Sur de la española que llamó de la Concepcion, y los franceses despues le han llamado *Port d'Écu*. Continuando el mal tiempo y la mar estando muy embrabecida, quiso el almirante reconocer lo interior de esta isla *Bochio*, que era muy grande, y envió para este fin tres castellanos (otros dicen seis) y habiendo andado gran espacio de tierra, volvieron sin hallar gente. Dijeron cosas maravillosas de la tierra que no podia ser mejor, llena de árboles semejantes á los de España. El mismo Colón habia oido cantar un pájaro que le pareció Ruiseñor en la melodía de su canto. Habiendo echado las redes en un rio muy agradable que corria por una llanura la vuelta del puerto, y tambien desde los navios sacaron salmones, lenguados, y otros peces parecidos á los de Castilla, así no dudaban que aquella isla fuese muy fértil y llena de riquezas: determinó en consecuencia conformarla en el nombre, llamándola *Isla Española*.

CAPITULO 3.º

Como el Almirante prosigue el descubrimiento de la Isla Española.

Mandó el Almirante poner una gran cruz en la entrada del puerto á la parte del Ouést, y en tanto que la gente estaba pescando en la playa, se entraron tres cristiauos por el monte mirando los árboles: vieron mucha gente desnuda, que echó á huir con mucha ligereza por los bosques espantada: luego que se acercaron los nuestros, corrieron los marineros tras ellos, metiéndose en las espesuras, y solo pudieron coger á una muger que llevaba colgada

de la nariz una planchita de oro, y la llevaron á Colón, que la regaló muchos cascabeles y sartas de vidrio: mandóla vestir una camisa, y otras diges mugeiles, y despues de haberla acariciado, regalándola muchas cositas, y sin hacerla daño alguno, la envió al punto á su habitacion, acompañada de tres castellanos y tres indios lucayos que entendian su lengua. El día siguiente envió nueve hombres á tierra, bien armados con un isleño de San Salvador, que servia de intérprete á la habitacion de la muger que estaba cuatro leguas al Sudeste, y dieron con un pueblo de mil casas esparcidas por el valle, cuyos indios así como vieron a los nuestros abandonaron la poblacion, y se fueron á los bosques; pero el indio guia de San Salvador, fué tras ellos, y tanto bien les dijo de los castellanos que volvieron. Despues llenos de espanto y temblando, ponian la mano sobre la cabeza de los nuestros, como por honra y cortesía, y traian bastimentos. Los castellanos les regalaron muchas cosas, y en retorno los indios les rogaron que se quedasen aquella noche en su pueblo. Al otro día volvieron los castellanos al puerto, y con ellos acudió mucha gente de la isla, que desde la víspera llevaban en hombros la muger á quien el Almirante habia regalado la camisa y vestido con su marido que iba á darle las gracias. Volvieron los castellanos con la nueva de que la tierra era muy amena, y mas bella de cuantas hasta entonces habian visto en las otras islas: abundaba de comida, y que los naturales de ella eran mucho mas blancos que los demás indios, y muy tratables; no eran de estatura tan grande aquellos isleños, sino membrudos, sin barbas, con las ventanas de las narizes muy abiertas, y las frentes llenas y anchas que los afeaba mucho, y todos le confirmaron á Colón lo que le habian dicho ya de las minas de Cibáo, donde se cogía el oro, pero que estaban mas á Levante. Entendido de todo el Almirante, aunque los tiempos eran muy contrarios, y deseoso de no perder instante, luego que se sosego algo el temporal se hizo á la vela, dando vuelta por una canal que está entre la Española y la Tortuga, vió otro puerto que quiso examinar: entró en él, y le pareció tan hermoso que le dió el nombre de Valparaiso, que hoy se llama *Puerto de Paz*. Allí le vino á hacer la visita el cacique de la tierra acompañado de una comitiva competente, y llevado sobre los hombros de sus vasallos. Poco despues se vió llegar una gran canoa de la isla de la Tortuga con cuarenta hombres. El cacique de aquel puerto de la Española, les mandó con amenaza de retirarse, y al punto obedecieron, no queriendo desde luego partir con ellos las liberalidades de los europeos. En efecto le regalaron bien, y se volvió á su casa muy satisfecho de los castellanos, que consideraban por su benevolencia y liberalidad, verdaderamente como hombres bajados del cielo. De Valparaiso los dos navios de Colón continuaron su viaje, y fueron á surgir á un puerto que se llamo Santo Tomás, y es el mismo que los franceses han llamado despues la *Baye du can de Loise Acús*. A su llegada concurrió un gran número de indios de toda

edad y sexo, y como el Almirante habia dado tan buenas órdenes á su tripulacion, aquellos indios fueron bien tratados, y tatisfechos se retiraron del buen modo de los nuestros, que como algunos castellanos fueron á ver algunos pueblos de las islas, fueron recibidos de los habitantes y avisados de todo con demostraciones de júbilo. No podian persuadirse estos isleños que los españoles fueran hombres ordinarios, ó como los demás: se acercaban á ellos con el mayor respeto, besando el suelo por donde pasaban, y les ofrecian todos sus bienes con la mayor sinceridad.

Guacónagarix (13), Rey del *Marien*, tenia su habitacion cuatro leguas mas al Léste en el puerto del Cabo Francés, y estaba situada su casa enfrente de donde está en el día la ciudad del Cabo. Enamorado este principe de lo que habia oido decir de los forasteros recién saltados en tierra, envió á saludarle al Almirante, y pedirle que lo fuese á ver á su habitacion, acompañando sus ruegos de varios regalos de mucha entidad. De allí á poco fué avisado el Almirante que el Rey venia, llevando consigo mas de doscientos hombres, y aunque muy mozo, lo llevaban en andas sobre los hombros, y luego que llegó á las naves se notó la gran veneracion con que lo trataban los suyos; cuando entró debajo del castillo hizo señas que todos se quedasen fuera: así lo hicieron con mucho respeto, sentándose sobre la cubierta, excepto dos viejos, quienes desde luego eran sus consejeros, los que se sentaron á sus pies: mandó el Almirante que le sirviesen de comer: no hizo mas en comer y en beber que probar un poco de todo, enviando á los suyos lo demás. Estaban todos con notable gravedad, hablaban poco, los dos viejos miraban al cacique á la boca y hablaban con él y por él. Despues de la comida un indio principal le trajo al Almirante una cinta semejante en la hechura á las de Castilla, aunque de labor diferente, con mucha reverencia, la cual tomó en la mano el cacique, y se la regaló con dos piezas de oro labrado. Creyendo el Almirante que les agradaria una colcha que estaba sobre su cama se la dió, juntamente con una hermosa corona de ambar, que traia al cuello, un par de zapatos encarnados, y un vaso de agua de azar, con lo cual quedó muy contento, y segun se le entendió le dijo que tenia toda la isla á su disposicion. Siendo ya tarde y queriendo irse el cacique, le honró mucho, y vuelto á entrar en su barca, breve se puso en tierra y se fué en sus andas con mas de doscientos hombres á su casa.

Deseando el Almirante descubrir la tierra, se hizo á la vela y no pudo salir de aquel pequeño golfo por la mucha calma, sino es con un poco de viento que le llevó al mar de Santo Tomás, hasta la Punta Santa, y se fué á descansar por no haber dormido en dos días, y una noche despues de haber encomendado al piloto no desamparase el timon, hubiese viento ó no, con cuya disposicion iba

[13] Este nombre le da á D. J. Bautista Muñoz, que es el escritor mas exacto en esta relacion, y por eso lo sigo, E. E.

seguro de bagios y de escollos; pero fué mal obedecido, y queriendo descansar tambien el piloto, fió el timon á un grumete, muchacho y sin esperiencia: como el mar estaba en calma muerta, y tan quieto como una tasa de leche, la nave con la fuerza de las corrientes, fué á dar á un banco de arena, donde tocó, y al ruido que fué muy grande, gritó el timonel muy recio, y oyéndolo el Almirante, despertó y se levantó al punto bien admirado de hallar á toda su gente dormida, sin que ninguno hubiese sentido que la nave hubiese encallado. Mandó luego al instante descargar el navio, pasar la carga en el bote, y la mayor parte de los marineros se fueron al bote, y lejos de hacer lo que se les mandaba, bogaron huyendo y dejaron bien embarazado al Almirante, quien viendo que la nave estaba en peligro, mandó cortar luego el mastelero mayor; mas no pudo con esa diligencia ver si podía sacarla de la arena, y como entraba mucha agua por la quilla que se habia abierto, reconociendo que no habia remedio para poderla libentar, trató de salvarse en el *Sereny*. El banco donde varó el navio estaba á la entrada de un puerto que está en la mitad del camino desde Santo Tomás, ó el *Acúl* al Cabo Francés. Los españoles le pusieron despues el nombre de *Puerto Real*, y los franceses en el dia le dan el nombre de *Raya del Caracól*.

Estaba cuando varó la nave del Almirante cerca de una legua de allí la carabela de Vicente Pinzón, quien luego que tuvo aviso de aquella desgracia, vino de bordo, hizo fuerza de vela, y llegó tan á buen tiempo que pudo salvar la gente, que á no estar la mar en calma, hubiera perecido toda. Contemporizó el almirante con la carabela, y envió á avisar al Rey Guacanagarix, lo que le sucedia por querer irle á visitar á su puerto, y que habia perdido el navio en un bajío á legua y media de su pueblo. Enterado este príncipe del suceso, manifestó gran sentimiento y lágrimas de nuestro daño, y al instante envió al navio toda la gente de su pueblo en muchas y grandes canoas, con lo cual ellos y los nuestros, en poco tiempo descendieron toda la cubierta, y fué grande la ayuda que dió el Rey. De cuando en cuando enviaba sus parientes llorando á rogarle que no tomase pesadumbre, que él le daría cuanto tenia. (14) Hizo poner toda la carga junta cerca de su morada, hasta que se desocuparon las casas que queria prevenir para salvarla: puso tambien guardias para que no se tocara á nada, y se perdió únicamente lo que la mar habia enteramente averiado. Miércoles diez y seis de diciembre fué el Rey Guacanagarix á la carabela del Almirante, mostrando gran tristeza y sentimiento, y le consolaba ofreciendole todo lo que quisiese recibir, y le presentó un poco de oro; y viendo que lo estimaba el Almirante, le dijo que le haria traer de Cibáo cuanto quisiese. Sus vasallos movidos del ejemplo de su soberano, mostraron muy buena voluntad á los cris-

[14] Ya veremos como fué correspondida esta sensibilidad heróica. E. E.

tianos, y trocaron todo el oro que traían por birretes colorados, campanitas, alfileres, sartas de vidrio y otras cosas semejantes. Nunca mejor se conoció el precio arbitrario de las cosas, y cuanto alcanza el imperio de la opinion sobre los hombres, pues en esta ocasion daban los castellanos por el oro, lo que en la Europa el mas pobre no hubiera levantado del suelo, como por ejemplo, tepalcates ó trastos de vidrio quebrados, y de losa, que estimaban en tanto grado aquellos isleños, que luego que los recibian, se huian, temiendo que los españoles no se llamasen á engaño. [15]

En fin, no se puede explicar cuan contentos quedaron unos de otros, y entonces formó Colón el intento de plantar allí un establecimiento en los estados de aquel Rey. Algunos historiadores dicen, [*] que se habia concertado con su piloto, para hacer naufragar su nave, á fin de tener ese pretesto para dejar en aquella isla una porcion de gente; pero se hace increíble este hecho únicamente fundado en conjeturas. Retiróse el rey Guacanagarix, y por las nuevas instancias que le habia hecho el Almirante de visitarle se determinó de allí á poco á hacerle la visita en su casa, que le habian preparado con la mayor decencia. Llegado á tierra el Almirante, fué á su encuentro aquel Rey, y le convidó á comer *axi y casabe* [16] que era su principal comida, y le dió algunas máscaras con ojos, nariz y orejas de oro, y le echó una cadena de oro al cuello: despues se quejó de los caribes que hacian á los suyos esclavos, y se los llevaban para comérselos, diciendo que esta fué la causa que él y los suyos huyeron al principio pensando que los castellanos eran caribes; pero se animó mucho cuando consolándole el Almirante, le mostró nuestras armas, ofreciendo de defenderle con ellas, y para inspirarle temor y respeto, hizo disparar unos cuantos cañonazos, y era tanto el asombro de los indios que al oírlos caian en tierra como muertos. No se asustó menos Guacanagarix; mas Colón le alentó con asegurarle, que con esas armas se haria victorioso de sus enemigos, y para convencerle, hizo disparar un tiro que pasó una nave de parte á parte, de que se asombró tanto el Rey del *Marien*, que se volvió á su casa pensativo, creyendo que aquellos forasteros eran hijos del trueno. (17)

Estando ya para partir el Almirante, volvió aquel Rey á hacerle la visita, y Colón se aprovechó de aquella ocasion para proponerle su intento. Le dió, pues, que pensaba dejar en sus estados

[15] Esta reflexion es muy filosófica; lo mas sensible es que á pesar de la ilustracion de nuestro siglo, el oro es el soberano regulador de la fortuna, libertad y vida de las naciones cultas.

[*] Entre otros Oviedo que cita Vertot.

[16] Lo que daba el país. Todavía algunos habaneros cuando llegan á Veracruz dicen á sus amigos. Convidame á pan.

[17] Tenia razon; esta desigualdad de armas debia darle en que pensar, pues á ella debió ser esclavo de los mismos á quienes hospedaba.

bajo de su proteccion á alguno de los cristianos de su equipaje, en tanto que iba á Castilla á traer joyas y otras cosas que darle. Hizole enseñar nuestras espadas como cortaban y se defendian de ellas asegurándole, que quedando aquellas armas en su defensa, cesaria el temor de los caribes. A ésto el cacique, que no cabia de gusto, se quitó la corona de oro que traia en la cabeza, y se la puso sobre la del Almirante, que correspondió con agasajos estimados del cacique. Habiendo el Almirante hallado tanta voluntad en aquellos indios, y tan buenos modos en su gefe, se persuadió que podia contar sobre la conducta de aquel Rey bárbaro; pareciéndole igualmente que la tierra era fértil, y tenia tantas muestras de oro, juzgó que la pérdida de su nave habia sido por permission divina, (18) para que se poblase aquella tierra de cristianos, y se comenzase por aquella isla la predicacion del evangelio. Inclínose mas á esto, por que muchos de los suyos se ofrecian á quedar voluntariamente, y vivir en aquella tierra; y así luego que volvió á Puerto Real, mandó fabricar una torre con la madera del navio que se habia ido á pique, y abrir fosos grandes al rededor, persuadido que era lo bastante para contener á unas gentes desnudas, sin armas y poco aguerridas. Llamóse el fuerte de la *Nividad*, en memoria de que en este dia habia saltado en tierra, salvándose del peligro del mar.

Acabóse dicho fuerte en diez dias, porque trabajaban hombres sin número, y ayudó mucho á acelerar la obra la noticia que se tuvo de que una carabela estaba en la costa ácia el Cabo de Levante de la isla, y sospechando el Almirante que podia ser la *Pinta*, para saberlo de cierto, pidió al Rey Guacanagurix una canoa con algunos indios, y en ella despachó un marinero castellano con una carta suya para Martin Alonso Pinzón, pidiéndole amorosamente que se fuese á juntar con él, ofreciéndole el perdon por haberlo desamparado. Volvió la canoa diciendo que habia andado mas de veinte leguas sin hallar cosa, lo que dió margen al Almirante para creer que la carabela habia hecho vela para España, queriendo Pinzón tener la honra de llevar á la corte las primeras nuevas del descubrimiento de tantos y tan hermosos paises, y atribuyéndose así toda la gloria, prevenir el ánimo de los Reyes contra él. Estas sospechas le determinaron á apresurar su vuelta á España, remitiendo el reconocimiento de las minas de *Cibáo* para otro viage. Eligió para quedarse en la fortaleza treinta y nueve hombres, los de mejor disposicion y de *mejor conducta*, á quienes encargó que viviesen como buenos cristianos, obedeciesen á su capitan *D. Diego de Arana*, natural de Córdoba, que les dejaba, y á los que nombraba en caso que muriese este, á saber *Pedro Gutierrez*, y *Rodrigo de Escobedo*, natural de Segovia, pues que el rey que les mostraba tan buena voluntad

[18] Hé aquí como los visionarios y fanáticos saben hacer intervenir al cielo en sus mayores maldades. Cada página de la historia de la conquista, está manchada con semejantes imputaciones al cielo. E. E.

sin molestar á sus vasallos, ántes bien que procurasen hacerles bien, y aprender su lengua, pues les seria necesaria para cultivar la amistad de los naturales y muy provechosa: que no se dividiesen ni ejecutasen violencia alguna á hombres ni mugeres, ni entrasen en la tierra, y en que sin descuidarse de sus obligaciones de cristianos, hiciesen por tener un perfecto conocimiento del pais para instruirle á él á la vuelta que seria breve; y encomendó mucho á Guacanagarix su gente, y los que dejaba por gobernadores de la fortaleza. Les dejó vituallas para un año, armas y artilleria, y demás que era necesario para el fomento de este establecimiento. Despues de eso se dispuso con gran presteza, para volver derecho á Castilla, recelándose de alguna desgracia que ocasionase, que los reyes católicos no supiesen de aquellas tierras nuevamente descubiertas.

Salió el Almirante de Puerto Real, haciéndose á la vela el dia *cuatro de enero de mil cuatrocientos noventa y tres*, llevando bastante oro, para que en la corte de España se concibiesen grandes esperanzas de la riqueza de la tierra, porcion considerable de algodón, y mucho pimiento ó axi. Contaba hacer algunas ganancias considerables de este último efecto, porque por los celos del comercio, que fueron siempre grandes desde este primer viage de Colón, entre españoles y portugueses tenia algun corriente el pimiento americano; mas no duró mucho, y se quedó su uso regional en las tierras de donde salió, no gustando á los europeos por su acrimonia. (19) Navegó primero al Leste con el intento de reconocer toda la costa ee la Isla Española. Luego que se hubo apartado del Cabo Francés, percibió un monte alto que le parecia estender su base sobre la mar, y es una peninsula muy elevada que llamó *Monte-Cristo*, y está diez y ocho leguas de Cabo Santo, cuatro leguas del puerto de Navidad; y como le habian dicho al Almirante que junto á ese monte estaba la embocadura del rio Yaque que tenia su nacimiento en las minas de Cibáo, quiso reconocerlo, entró en él, y hayando que sus arenas estaban mezcladas de algunas pajuellas de oro, lo llamó el Rio del Oro; pero despues los españoles lo han dejado con su nombre primitivo, y los franceses lo han llamado *Rio de Monte-Cristo*. Entonces mas que nunca se persuadió Colón, que la Isla Española era el verdadero *Cipango* de Marcos Pabolo de Venecia: error que conservó siempre. Hizo aguada en ese parage, y luego levantó velas. Apenas se hubo apartado del rio del oro, que se descubrió la *Pinta* que venia al navio del Almirante, viento en popa, y al instante que llegó y entró Martin Pinzon su capitan en la carabela del Almirante, comenzó á disculparse de haberse apartado de él, diciendo que habia sido contra su voluntad, sin haber podido hacer otra cosa; y aunque el Almirante sabia bastante lo contrario, disimuló con él preponderando mas en su áni-

[19] Bastante se usa en Europa donde gusta mucho la salsa de chile colorado que llevan remolido en botes para Inglaterra.

no el gusto de verse libre de las inquietudes que le había causado esta separacion, que no su justo enojo, y por no romper el designio de su empresa. Recibió pues sus sumisiones, y le preguntó, ¿a donde había navegado y qué había reconocido? respondió Pinzón, que había ido de puerto en puerto trocando sus mercaderias por oro, que había tomado la mitad para sí, y que había reparado la otra mitad á la gente que venia con él. No quiso preguntar mas el Almirante, dándose al parecer por satisfecho. Caminaron ambas carabelas, y entraron en un puerto que tenia al lado un rio distante quince leguas de Monte-Cristo donde había rescatado oro Martin Alonso Pinzón, y había sacado de allí por fuerza cuatro isleños, los que le mandó el Almirante dejase en su tierra, y quizás esta accion dió lugar á que se llamasen Puerto de Gracia; bien que como fué en este puerto donde el Almirante perdonó á Pinzón es, opinion de muchos autores que esta fué la causa de ponerle este nombre,

CAPITULO 4.º

Sigue Colón el descubrimiento de la Isla: primera batalla entre indios y castellanos en la bahia de Samaná, y parte para Castilla, año de 1493.

Al salir de Puerto de Gracia se vió una cercanía que pareció cubierta de nieve; pero acercándose mas, se reconoció que era una piedra muy blanca que cubria toda la cima de aquella sierra, y por habérseles figurado á los nuestros plateada, fué llamada Monte de Plata; (20) y un puerto que está al pie de ella, fué por la misma razon nombrado Puerto de Plata, que es de hechura de una herradura de caballo, y los franceses corrompiendo este nombre lo llaman *Port Plate*. De allí Colón corrió toda la costa pudiendo nombres á todos los Cabos que vió, y despues de haber andado como treinta leguas maravillado de la grandeza de la isla, llegó á visitar otro Cabo que llamó de los *Enamorados*, y emparejando con el descubierto vió una grandísima bahia formada por una península que los isleños llaman *Samaná*, y hoy conserva este nombre. Envió el Almirante la barca á tierra, y en la playa hallaron los nuestros algunos indios feroces en el aspecto, con arcos y flechas, armas que no se habían visto en ellos en los antecedentes lugares descubiertos. Algunos españoles traxeron conversacion con ellos: compraron un arco ó dos, y algunas flechas: rogaron á uno de ellos fuese á hablar con el Almirante á su carabela: su habla se conformaba con su fiereza, y como creyese el Almirante que este fuese de los caribes, por verlo desnudo, embijado y con los cabellos muy largos y recogidos delante con una redecilla de plu-

[20] Si no hubieran traído el corazón fijo en el oro y la plata, los objetos que veían no se les figurarían de estos metales.

mas de papagayo, le preguntó donde habitaban los caribes, y el indio señaló con el dedo que mas al oriente estaban en otras islas. Preguntando asimismo donde había oro, dijo con las mismas señas que entre su isla y la de los caribes antropófagos, había otra isla llamada *Boriquén* que hoy es San Juan del Puerto Rico, cuyos habitantes no eran caribes, y que allí había oro; pero de menos calidad que el de *Cibáo*. Esto es lo que pudieron entender los indios intérpretes de San Salvador. El Almirante le regaló algunas vagatelas y lo despidió. Los marineros que le acompañaban para dejarlo en tierra, se sorprendieron al acercarse de ver escondidos entre los árboles una vandada competente de indios armados con sus arcos y flechas. Los nuestros se pusieron sobre las armas: el indio que iba en la barca hizo señas á los otros para que dejasen las armas referidas, y un palo grueso que llevaban en lugar de espada, de palma duiísima y pesada con que daban crudísimos golpes. Llegáronse á la barca y los nuestros les compraron arcos y flechas de orden del Almirante y otras armas. Habiendo vendido dos arcos los indios no quisieron vender mas, antes irritados se aparejaban para prender á los españoles; pero estos que eran siete, como estaban sobre aviso, los embistieron y hirieron á dos de ellos con las espadas. Espantados los indios consideraron las heridas que harían nuestras armas, huyeron, dejando caer arcos y flechas, y hubieran muerto muchos, si les quisieran seguir, y esta fué la primera vez que en esta isla se tomó las armas entre castellanos é indios, motivo porque se llamó esta bahia *Golfo de las Flechas* nombre que no ha conservado. De aquella escaramusa no le pesó al Almirante para que supiesen los bárbaros á que sabían las armas de los cristianos, y fuesen respetados los que andaban en la Navidad, llegando á saber los isleños que siete castellanos habían ahuyentado cincuenta y cinco indios tan feroces.

Como ambas carabelas se sentían del gran trabajo y riesgo que se corre en tan prolija navegacion, y la tripulacion fastidiada padecía mucho en sostenerla, no juzgó el Almirante por conveniente el continuarla.

El diez y seis de enero partió con buen tiempo la vuelta de Castilla, y corriendo el Nordeste los indios que llevaba señalaron la isla de San Juan ó *Boriquén*: vió tambien algunas islas de las pequeñas Antillas, y aunque deseaba reconocer aquellas islas, por no desconsolar la gente, no se acercó á ellas. Despues de haber navegado con próspero viento cuatrocientas ó quinientas leguas en alta mar, empezó de dia en dia á ensobervecerse esta, lo cual toleraban con gran fatiga, y por eso el jueves catorce de febrero corrieron de noche á donde el viento los quisiese llevar. Entonces la carabela Pinta en que iba Pinzón porque no podía mantenerse tanto en el mar, á poco correr el norte se desapareció: al amanecer fué mas recio el viento, y mayor el miedo de perderse, con el desconsuelo de pensar que se había perdido la Pinta. Viéndose todos en gran peligro, hicieron votos sobre votos, y el último fué de

ir descalzos y en camisa (21) en procesion á hacer oracion en la primera tierra que encontrasen, donde hubiese iglesia de Nuestra Señora. No cesaba el mal tiempo, porque por falta de lastre, ocasionado del consumo de los víveres, se veia el navio del Almirante muy espuesto á perecer. Entonces considerándose Colón muy cerca la muerte, se valió de un arbitrio bastante singular, para que no dejase de llegar á noticia de los Reyes lo que en su servicio habia trabajado. Escribió en un pergamino con la brevedad que pedia el tiempo todo lo que pudo de lo que habia descubierto; y envuelto en un paño encerado, metióle en un gran barril cerrado y lo echó al mar, sin que nadie pensase, sino que era alguna devocion. En esta ocasion como lo refleja un autor, (*) no obró segun las máximas de su prudencia acostumbrada, porque cualquiera otra córte que no fuese la de España podia hallarse informada de una cosa que únicamente pertenecia saber á los Reyes católicos, y aprovecharse de semejante noticia en su perjuicio; pero el cielo que lo reservaba para grandes cosas, le libró de ese peligro, pues luego aflojó el viento, calmó el mar, y al amanecer se avistó tierra en las cercanias de la isla de Santa Maria, que es una de los Azóres. Con mucho trabajo anduvieron dando bordos sin poder tomar la isla, y el Almirante muy fatigado de las piernas por haber estado siempre descubierto al aire y á la agua, durmió un poco, y el lunes diez y ocho despues de una tempestad desecha que habia durado quince dias continuos, surgió al fin á la parte del Norte de la isla. Apenas tuvo noticia de la llegada del Almirante el capitan D. Juan de Castañeda, que mandaba en la isla, le envió refrescos con muchos cumplimientos de su parte. Agradeció esta atencion política el Almirante, y con todo se portó con cuidado, diligencia que le aprovechó. Acordóse el Almirante del voto que él y toda su gente habian hecho, por la noticia que le dieron los mensageros portugueses del capitan Castañeda, supo que allí estaba cerca una hermita de Ntra. Señora, y pareciéndole que era esta buena ocasion para cumplirlo, mandó que la mitad de la gente saliese en procesion como lo habian ofrecido á dicha hermita, resuelto en volviendo á salir él con la otra mitad. Como se tardaba mucho su gente en volver, quiso saber la causa de su detencion, y supo que habia sido arrestada. Envio sus quejas al gobernador portugués, á las que satisfizo con una respuesta muy orgullosa, y muy insultante para los Reyes de Castilla; con todo hubo de bajar de tono Castañeda, y se contuvo por las amenazas que le hizo el Almirante de que habia de usar de represalias: pidió testimonio de todo lo que habia pasado á todos los que estaban en el navio, y aun le remitió sus mensageros, de quienes supo que ciertamente habia orden del Rey de Portugal de asegurarse de su persona, y que Castañeda estaba muy pesaroso por haber errado el tiro.

[21] No es muy decente trage por cierto. E. E.

[*] Padre Charlevoix,

CAPITULO 5.º

Continúa su viage el Almirante para Castilla. Llega á Lisboa. Lo que le sucedió en la córte de Portugal, y al fin llega al Puerto de Palos.

Partió el Almirante á Castilla de la isla de Santa Maria el domingo veinte y cuatro de febrero, con buen tiempo, y despues el dos de marzo estando como cien leguas distante de las costas de España, sufrió una gran tormenta, no menos larga y cruda que la primera, que lo echó sobre las costas de Portugal. Cambió el viento un poco, y pudiera haber seguido su derrota para España; pero como estaba todavía la mar agitada, se vió precisado á entrar en el rio de Lisboa, y al instante despachó correos á los Reyes católicos de su venida, despues dió aviso al Rey de Portugal, pidiendo licencia para surgir en el puerto de la capital, que obtuvo; mas apenas habia echado las anclas, cuando el patron del galeon, armado de guardia le vino á decir que fuese á dar cuenta con él de su venida á los ministros del Rey. D. Cristobal Colón respondió que los Almirantes de los Reyes de Castilla como él, no estaban obligados á dar cuenta á nadie. Entonces se le dijo que enviase á alguno de su parte: no quiso el Almirante, diciendo que todo era uno, ir él, ó enviar á alguno, aunque enviase un grumete: que no podia desamparar su navio, ni estaba obligado á ir donde lo llamaban. Dijo el patron que pues estaba en aquella determinacion, á lo menos le manifestase las cartas y comisiones de los Reyes católicos, para que le constase, y poder satisfacer á su capitan: le enseñó sus patentes el Almirante, y el patron del galeon se volvió dando cuenta á su capitan D. Alvaro de Acuña, quien al punto que lo oyó, fué á la carabela del Almirante con grande estruendo de artillería, y le hizo sus ofrecimientos. Luego que se supo en Lisboa que el Almirante venia de las indias, acudió muchísima gente ácia el puerto á la novedad, y se cubrió el mar de barcas portuguesas, queriendo cada cual ver aquellos hombres venidos del otro mundo, y á los indios con deseos de informarse del detalle de un acontecimiento tan grande. El dia siguiente recibió una carta del Rey de Portugal, alegrándose de su venida, rogándole que no se fuese sin verle, sobre lo cual dudó el Almirante lo que habia de hacer, y por no mostrar desconfianza, se determinó á dar gusto al Rey, que habia mandado se le diesen refrescos y todo lo que necesitase para sí y su gente de valde, y le aseguraba que no se le haria violencia bajo su palabra real: fué á dormir á Sacabén donde fué recibido magníficamente, y otro dia llegó á Valparaiso, donde estaba el Rey, que mandó saliesen á recibirle todos los nobles de la córte, y le hizo mucha honra mandándole se cubriese y sentase. Despues de haberse entretenido el Rey con él, in-